

LA BÚSQUEDA DE PERSEO

Reasunción y trasiego del Principio Hyperbóreo*

(†) CARLOS A. DISANDRO

1

El mito griego comporta una visión del mundo, las implicancias de éste con el hombre, y las del hombre en el mundo. Un sistema de campos semánticos, que incorpora la plenitud del ser (*aei éontes*) reordena la complexión orgánica en procura de un “sentido” para lo que nosotros llamamos “historia”, es decir, una compleja organicidad de sincronías y diacronías, cuya textura nos emboza en la misma visión que procuramos. La trama de los campos semánticos del mito griego comporta estratos considerables desde los orígenes lingüísticos, propiamente dichos, hasta la extinción de la energía rapsódica griega en los siglos III-II a.C. No nos interesan los hitos precisos, asunto oscuro por otra parte, sino más bien las calas hermenéuticas, que nos puedan clarificar secuencias míticas a veces incompresibles. El tema recupera su importancia si se trata de interponer las figuras o perfiles heroicos, porque en ellos se concentra

* Reproducimos este artículo del doctor Carlos Disandro, recordado clasicista argentino y colaborador de *Limes* desde sus primeros números, publicado en *Búsqueda, aventura y descubrimiento*. Col. Iter, Centro de Estudios Clásicos Universidad Metropolitana, Santiago, 1996, pp. 61-70. Se incorporan las correcciones aportadas en la publicación de *Noein* N° 1, La Plata (Argentina) 1996, pp. 7-17.

de alguna manera un plexo signifiante, generalmente descuidado por el método comparatista. Interesa la “personalidad” del héroe —si cabe esa formulación— o su onticidad heroica, que por encima del *symbolon* específico, abre el campo de una singularidad de la estirpe, según el estricto límite biológico de este término. A la *Theogonía* corresponde pues una *Hierogonía*, y en ésta el preciso signo óntico, en una escala configurable y congruente, define perfil y destino del héroe.

A los campos semánticos que he delineado someramente, se suma en la Europa de los siglos XVII y XVIII, y sobre todo del siglo XIX, la reflexión acerca del héroe, la meditación sobre su existencia y destino y, en fin, la traducción estética en Schiller, Carlyle, Wagner; y antes en el mismo Beethoven. La Lyrica y la Música renuevan un deslinde ideal del héroe, y el repaso fecundo que evoco culmina en la línea sinfónica de Richard Strauss, *Ein Heldenleben* (Vida de un Héroe), de densa tesitura mística, op. 40, (1898). El *Pindaros* de Wilamowitz es de 1922, y con él reaparece en la Filología clásica una relectura compleja del héroe antiguo, pindárico, dórico, hyperbóreo. Nuestra recuperación americana prolonga, después de catástrofes sobrecogedoras, tal esplendencia helénica, antigua; y exhibe un contrafuerte de *experiencia* en todos esos textos y sonoridades mentadas. Pero pretendo destacar un centro de energía noética, capaz de trascender los fragmentos, dispersos por la fluencia histórica de edades abolidas. En qué medida ese “centro” perdura en una América y para una América finimilenar, es otro problema.

Ahora bien, hay en el mito griego de los héroes, anteriores a los Argonautas y a la guerra troyana, un período que llamaríamos arkhaico, pues está cercano a la *Arkhé* divina, que compromete un destino en el reino de Zeus y de las Musas. En esa franja arkhaica que completa a la *Theogonía*, al incorporar la unión divino-humana, podemos asignar correspondencias semánticas en tres escalas, ostensibles en Bellerophonte, Perseo y Herakles, sin perjuicio de reexaminar y reordenar otros nombres característicos. Sin embargo, en el preciso límite de nuestro horizonte, pretendo reubicar el nombre de Perseo —tan importante en la lyrica de Píndaro— para desentrañar en otro paso o compás lo que llamo la “búsqueda” de Perseo, y la reasunción del Principio Hyperbóreo, el trasiego fundante que deviene de su lumbre. Esa reasunción lo retorna al contexto solar, apolíneo, de donde emerge su figura y su hazaña, y nos permite recuperar una semántica pindárica, que emparenta este “camino” heroico con el de Parménides. Mejor dicho, el camino eleático, en el preciso significado del Proemio insigne, no sería

otra cosa que un redescubrimiento de aquella reasunción originaria, y un relegamiento del *mythos*, pues el logos ha cumplido finalmente en la *historia* la búsqueda y el hallazgo definitivos, propuesto en el lenguaje parmenídeo por una oposición armónica a la de su maestro Jenófanes, que se extravió en los *nomina mythicos* y en combate crítico contra la Medusa, sin yugular empero su cabeza.

Pero es menester reubicar a Perseo, en las escalas míticas aducidas, para desentrañar otros antecedentes de búsqueda y hallazgo de la *arkhé* hyperbórea. Pues de eso se trata, para un mundo insumido en la contradicción de los *epiphaenomenoi*, es decir, para hacer replegar el reino de la Medusa y erigir en América la existencia y el destino del Héroe, frente a las homeomerías históricas cambiantes, como el abismo marino colmado de monstruos terroríficos. Mi interpretación pues no es sólo filológica; es también óptica, histórica, en un mundo perverso en que el *acontecer* desvía del *Ser* y no pueden tolerar en consecuencia la búsqueda de Perseo. Pero de esto se trata en definitiva, supuesto que nuestra ciencia no sea *epifenómeno* de la Gorgona, sino *hodós* (camino, *iter et via*), patente en el peregrinar que retorna a la *arkhé* hyperbórea.

Distinguimos pues en este comentario sucinto, la figura de Bellerophonte, mencionado fugazmente por Homero en un pasaje de *Ilíada*, VI. 196-295, que me permito releer, para guía de mis oyentes y/o lectores, que pueden ulteriormente reexaminar la *quaestio* filológica, con mejor tino y mayor profundidad, o en todo caso reincorporarla a otros contextos más amplios. Dice el texto homérico aludido, en sus líneas fundamentales¹:

ἀλλ' ὄρη δὴ καὶ κείνος ἀπήτερο πᾶσι θεοῖσιν,
ἦτοι ὁ καὶ πὲδιον τὸ Ἀλήϊον οἶος ἀ)α=το,
ὄν θυμὸν καηέδων, πάηον ἀνθρώπων ἀλεείνων

*Sed quando etiam ille exosus erat
omnibus diis, iam is per campum Aleium solus
errabat, suum animum exedens, vestigia
hominum vitans ... (...).*

Traducción latina, Ed. Didot, p. 68

¹ Traducción castellana del texto homérico (interpretación personal): “Empero aquél (o sea, Bellerophonte), precisamente porque era causa de rencor para todos los dioses, solitario, manteníase errante por el espacio de la derelicción, torturando su propio corazón, y alejado de todo vestigio humano”. El lector puede reexaminar traducciones francesas, inglesas, italianas, alemanas, españolas, para deducir la compleja densidad de la figura mystica. Cf. L. PRELLER-C. ROBERT, *Griechische Mythologie*, Berlín, Weidmann 1894, 4. Aufl.. PAUL DECHARME, *Mythologie de la Grece Antique*, Paris 1879, pp. 578-602. Del mismo autor *La Critique des traditions religieuses chez les Grecs*, Paris, Picard 1904. Cf. Asimismo PAULY-WISSOWA-KROL, RE., Meztler, Stuttgart 1893 y sgs.3

Bellerophonte es pues un héroe insigne, “matador de fieras o bestias”, y quizá con él se inicia la serie coronada por Hércules. Pero por un abismo irreconocible, por una falencia y consecuente pena, queda y vive en soledad, sin contacto con los dioses de sus orígenes, ni con los héroes y congéneres humanos (*vestigia hominum vitans*). Según Homero, a mi ver, permanece Bellerophonte en el *noein* absoluto, derelicto y ensimismado, y su existencia solitaria corresponde a una dimensión o coronación requerida, paradigmática del *ser-heroico*, pues ningún dios vive aislado, y ningún hombre podría serlo en soledad. El mito refleja aquí la extrema disyunción del principio solar, que no podría corresponder a la esencia historiogónica a que el héroe está llamado. Pues ¿qué sería el mundo con Bellerophonte soledoso (*per campum Aleium solus errabat*) con la supremacía de las bestias (*theríon*) y la fisura entre el *genos theón* y el *genos anthrópon* (la raza de los dioses y la raza de los hombres), éstos últimos despojos de las energías katabáticas y nocturnales de la Theogonía cumplida? También Herakles y Perseo serán “matadores de bestias”, aunque en la escala que trazo definirán otros rumbos *hacia* los hombres y *con* los hombres, y culminarán su existencia según otros recaudos y otras hazañas. Aquí incluyo precisamente la “búsqueda de Perseo”, su norma heroica de “reasunción y trasiego”, con que se abre otra historia, profunda y decisiva para los griegos.

2

Completemos entonces nuestro esquema de las escalas *Cmýthicas arkháicas* para poder inteligir la potencia de Thaumás y su develación solar maravillosa, diferente del deslinde bellerophóntico. Perseo es un héroe apolíneo, que retorna al reino de su origen, y completa para los hombres la búsqueda de la convivencia laudante y la victoria sobre la multivocidad. Según estas instancias del mito, Perseo reingresa en el banquete de los hyperbóreos, y mata luego a la Gorgona, cuya mirada petrifica, es decir, reconduce a la *physis* inerte, al margen de la biología divina, ámbito para el corazón palpitante de la verdad. Viene pues la historia de Perseo, y su herencia para los hombres; la búsqueda del reino hyperbóreo, la convivencia laudante y *lýrica* que cumplen los poetas, hijos de las Musas *homófonas*.

En fin, un tercer momento sería Herakles, en el acto fundante, theándrico, para la historia de la tierra y de los hombres. Si Píndaro nos

descubre en la Pítica X el sentido victorioso del “camino” hyperbóreo, en la Nemea III, entre otros textos, nos presenta la memoria de Herakles, modelo de héroes constructivos, para reordenar la geogonía en la historiogonía. Dicho en términos simples, funda la civilización.

Recapitulemos pues: 1º) el héroe del pensar absoluto; 2º) el héroe de la verdad manifestada, en el camino maravilloso, y la vigencia del *hymnein* hyperbóreo; 3º) el héroe de la acción theándrica, que separa y extingue los monstruos y las bestias, y completa el ciclo cosmogónico con la estirpe heráclica.

Esta tesitura del mito heroico presupone la regencia dórica inicial de la vida hyperbórea, que el griego sintió con particular entrañamiento hasta el final del helenismo clásico. Explica asimismo la filosofía de Anaximandro y Jenófanes, el *hodós* parmenídeo, el cruce del pórtico, la regencia del ente en el sentido eleático, “On”, o sea, la estricta presencialidad del participio presente, que acota el *einai* o *emmenai* a una existencia liberada del tiempo, absoluta, enjuta de todo *epiphaenomenon*. En fin, explica la paideia del héroe, como el máximo acontecer del hombre (*génos andrón*), que subyuga el tiempo al acontecer theándrico-heráclico, y que en el último lapso teogónico-cosmogónico, con anterioridad a la historiogonía de los argonautas, aqueos y troyanos presupone una patencia del ser-heroico, *ein Heldenleben*. Ella podría ser paradigma de las estirpes que emergen del triunfo de Apolo sobre la serpiente Pitón en los abismos de Delfos. Pues así lo reinterpreta la lyrica pindárica, y así cobra sentido generativo el nombre del lugar telúrico.

Las tres categorías de héroes reunidas en mis escalas descriptivas, proponen acotar y perfilar al héroe Perseo, su búsqueda de notables repercusiones en la historia y en el acontecer mítico de las estirpe griegas; “el maravilloso camino” que inevitablemente en la tesitura pindárica resulta generativo y apokatastásico del camino parmenídeo.

3

Ahora bien, en este sentido Perseo es un héroe solitario, diferente de Bellerophonte, aunque parece compartir su energía luminosa, de total donación de sí, pues si la lumbre de *hymnein* fuera restrictiva para sí y egoísta, ¿cómo habría estirpe? Diferente también de Herakles, aunque parece compartir con éste

una referencia pacificadora, civilizadora, después de decapitar la Medusa viperina, el poder visual de la Gorgona fatídica. No podemos sin embargo omitir la referencia a la organicidad heroica que replanteo según escala desde el Bellerophonte de Homero (siglo IX a.C.) hasta la interpretación de Píndaro (siglo V a.C.). Sabemos que existió una tragedia de Eurípides, titulada *Bellerophonte*². Pero ni doxógrafos ni escoliastas aportan un remanente claro de su texto y su sentido. Para entender la “búsqueda” de Perseo debemos pues recuperar su perfil en estas instancias heroicas, que llamaría por comodidad “tiempos de la luz cósmica y viviente”, trocada en luz generativa y oikística, según *ein Heldenleben*. El ideal griego del héroe reconocería un período arcaico, empeñado a veces en el *opus luminis*, cuyo descenso a los hombres supone una concentración y expansión de la herencia heroica.

De este modo pues perfilamos los rasgos de Perseo, según estas connotaciones, que derivamos en particular de Píndaro:

1) su estirpe theándrica, apolínea lo ubica filogenéticamente en el rayo triunfante sobre Pitón; lo hace un héroe délfico, olímpico, pítico. Las consecuencias de cada epíteto son numerosas, y confrontarían otra semántica congruente con el acontecer mítico dórico.

2) el camino de Perseo interioriza el asombro por la luz. Por esto es *thaumastón*. El epíteto comporta laderas activas y pasivas, que las traducciones impiden registrar cabalmente.

3) su entrada en la asamblea agonística de los hyperbóreos corresponde a la experiencia del *hymnein*, pues la luz se trasiega en palabra y canto.

4) la espada de Perseo cumple, con la decapitación de la Medusa o Gorgona, el relegamiento del mundo katabático. Este actualiza siempre los poderes aquerónticos, que pugnaron por dominar a los dóricos, a los griegos herederos del triunfo apolíneo.

² Al nombre del héroe mítico está ligado el destino de Napoleón, un espíritu colmado de reminiscencias clásicas, desde que alborea en la historia de Francia y Europa. En efecto, sabemos que después de Waterloo se entrega prisionero al rey de Inglaterra, en conmovedora carta que recuerda a Temístocles, vencido. Los ingleses lo trasladan primero a un navío, llamado precisamente *Bellerophon*. Allí, a bordo de esta corbeta de nombre tan misterioso y evocador, Napoleón, después de haber firmado su segunda abdicación el 22 de junio de 1815, se rinde definitivamente el 15 de julio del mismo año. Los ingleses lo trasladan a bordo del *Northumberland*, y en éste a la isla Santa Elena (1816-1821). Allí muere en un exilio que no dudo en llamar bellerophóntico, signo de este héroe, ligado a toda Europa del siglo XIX. ¡Curiosas recurrencias semánticas entre el mito griego homérico, el nombre de un navío y el destino de un héroe! Cf. F. R. DE CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*, passim. A. MAUROIS, *Napoleón*, Barcelona, Salvat 1995. Cf. Además la tragedia neoclásica de Philippe QUINAULT, *Bellerophon. Tragédie* (1671), Paris-Genève, Ed. Edmund J. Champion, Droz 1990.

5) el héroe denota pues tres instancias consumativas: a) la búsqueda del *concentus* hyperbóreo, para cumplir, respecto de los griegos y por éstos respecto de los hombres, el trasiego o reasunción del principio hyperbóreo, que es una *mysteriosophía* del oído; b) el itinerario con que reasume el *thauma* originario, y permite regenerar en la virtud theándrica el *noein* hyperbóreo; c) la victoria sobre la Medusa; ese triunfo significa la suprema *eleuthería* del espíritu, no sujeta a las potencias gravitacionales de la katábasis. Y finalmente tales reclamos no son meras peripecias asumidas en relatos *tón protéron* (de la *prisca gens mortalium*). Son el trámite que religa la *arkhé* hyperbórea, la búsqueda e itinerario de Perseo, su trasiego a la sociedad estética de los helenos, entrañados en la experiencia heroica y en la celebración del canto. El relato *tón protéron* es clave del desembozo o reasunción de la *arkhé*. Pero en ésta se reasume el *thauma* originario y la vida heroica originante; en ésta la decisión de la vida estética y justa, pues no pueden devenir los griegos estímulo histórico universal sin la experiencia de Perseo.

Al misterio del *concentus* hyperbóreo, vivido por el héroe, súmase el misterio celebrado por el *hymnein* coral, que es anterior al “*hodós* parmenídeo” y al cruce del pórtico por el filósofo, que lo cumplió también después de yugular la Medusa. Restituimos así una clara congruencia entre vida heroica —tal como la induzco del mito más arkháico— y vida filosófica, tal como la deduzco por otra parte de la tríada heroico-theándrica fundamental: Bellerophonte, Perseo, Herakles. Pero Perseo sobresale por la experiencia de Thaumás, que sugiere a Platón sus conocidas meditaciones sobre la luz filosófica, la luz de la Aurora, tan entrañada desde luego en el universo homérico-pindárico.

4

Hemos alcanzado un linde congruente con la *arkhé* y el *Hdérroulement* heroico. Hemos reimpostado el Principio Hyperbóreo, que trocó el relato de la *prisca gens mortalium* —como dice Horacio— en la constancia constitutiva de la vida griega y del pueblo griego. Nosotros, de América Románica, debemos entenderlo, para conjurar los riesgos del abismo que nos circunda. Pero “en el riesgo crece también lo que salva” — como afirma Hölderlin.

Fueron los estoicos, los que reasumieron la experiencia heroica y de ellos derivó sin embargo una noción de pueblo histórico, regenerada a su vez por Cicerón en su tratado *de re publica: Populus autem non omnis*

*coetus hominum quoquo modo congregatus, sed coetus multitudinis iuris consensu et communionis utilitate sociatus*³. Herakles es la figura heroica capital del estoicismo griego, y por ende del helenístico-romano. No es Perseo, y mucho menos Bellerophonte, cuyos rasgos se pierden en la antigüedad post-homérica y post-pindárica. Sin embargo, al reconstruir la vida mítica e histórica según los perfiles del mito arkhaico, patente en estas extrañas categorías consumativas —el *noein* absoluto y solitario, la búsqueda de un reino comunicativo y fundante, y en fin la obra de la justicia y la virtud olímpica para los hombres— descubrimos en Perseo la unión del *thaumas* filosófico y su *hodós* anabático y sublime, con el *hymnein* de la vida lyrica. Este régimen theándrico debe ser otorgado a los hombres, al *génos andrón*, luego de su retorno *histórico*, desde el mundo hyperbóreo; pero no podría acontecer sin el relegamiento de los poderes aquerónticos de la Medusa, vigentes como dije en ojos que petrifican. Píndaro ha celebrado a los tres héroes, como variable lectura coral, y seguramente con variable *régie* de una fiesta sacra y apokatastática, inequívoca y fundamental para entender la cultura dórica de los orígenes. La *mysteriosophía* del oído se trueca, por obra de Perseo, en “celebración”, en *Rühmung*, benedicta, ingravitacional que trasiega en los griegos y por los griegos la fiesta hyperbórea. Es el *populus* del *concentus musicus*, que prepara el *coetus* heráclico del *consensus iuris*, otra dimensión sacral y religiosa, que ahora no explicaremos.

La búsqueda de Perseo se cumple en la participación heroica de la beatitud celebrante. Pero también en la develación del rostro luminoso de *alétheia* viviente, lo que Parménides llamará, con el más puro lenguaje mítico, el *corazón incommovible de la verdad y su belleza perfecta*. ¿Meditaba acaso el círculo eleático estos trasfondos del mito, o sólo escuchaba el latido profundo de la vida apolínea? Un indicio importante para responder a esta pregunta podría desembozarse en el deslinde, entre Jenófanes y Parménides, dentro del diálogo eleático. Pero nos alejaríamos de nuestro tema preciso. Entiendo sugerir que la búsqueda parmenídea es también una búsqueda hyperbórea, a mi ver lejana resonancia, cuya sonancia originante es el mito de Perseo, trasegado desde antiguo por la *prisca gens mortalium*. Pero además Perseo prepara la lumbre filosófica en sentido estricto, y no podríamos

³ Cf. Ciceronis *de re publica*, Lib. I. 25, Ed. K. Ziegher (3), Teubner 1955. Traducción del texto latino: “Pueblo empero no es toda reunión de hombres, congregada de cualquier modo, sino reunión de una multitud, asociada por consenso de derecho y participación común de bienestar.” ¿Qué relación hay entre la noción estoico-romana de “pueblo y ciudad” y la vida hyperbórea? Esta es la cuestión que se nos plantea a nosotros.

concebir rectamente el itinerario parmenídeo sin referencia a este mito solar. Con Herakles en cambio, como se desprende de mis breves acotaciones, nos preparamos para una edad justa en medio de la *ferrea aetas*, lo que implica avizorar, de alguna manera, la reversión de la katábasis. A nuestro signo hyperbóreo de la búsqueda, se suma pues la instauración de la justicia, o sea, la sacra virtud heráclica entrañada en nuestra conducta. Tocamos aquí una delicada cuerda del mito antiguo, que sería preciso pulsar con mayor empeño y fino tacto hermenéutico. Lo dejamos previsto para otras instancias realmente profundas que allanan un horizonte luminoso en la escala heroica que he propuesto a fin de interpretar con cautela la “búsqueda y el trasiego hyperbóreo”.

5

Pero el saber de la Tradición Clásica no es un saber encapsulado y reduccionista, sino, por el contrario, abierto como el ámbito vasto entre el cielo y la tierra, y generativo como la filiación divino-humana de los héroes. No puedo desentenderme pues de otros pormenores, que nos ilustran o nos condenan, según una virtud concipiente o una falencia fáctica, un *kairós* histórico en que deponemos o confundimos esa fecundidad. Me refiero en particular a la *philía* agapística del Evangelio que da por insumida la vida ascética y heroica en la *martyría*, sin lo cual no podría haber existido la civilización, de los orígenes y de las fundaciones fecundas en siglos tormentosos.

He aquí pues otro ciclo epocal, de vastas consecuencias para los pueblos románicos entre los cuales nos encontramos. Pero si la vida heroica de los antiguos declinó, también declinó la *philía* agapística teándrica. Nos encontramos en pleno dominio aquerónico, sin el héroe y sin el místico asceta y mártir de la divino-humanidad. ¿Por dónde vamos pues, qué *thaumastón hodón* podemos recorrer, qué transfiguración mystica de la *martyría* podemos reanudar, qué presencia del *noein* podemos celebrar? Esta es nuestra búsqueda, que recupera en centuria tormentosa, sobrecargada además de utopías funestas, la experiencia de Perseo y la torna pedagógicamente asumible. Tal es una consecuencia fundamental de la Tradición Clásica, hoy, no en los libros y textos venerables, sino en la *alétheia* viviente, sin la cual nada vale el reduccionismo abstracto de la verdad.

Y así como he retrocedido y avanzado para diseñar justamente el saber generativo de la Filología clásica, así redimensiono todo lo que dije acerca del mito heroico, en el contorno de una figura modernísima que desemboza plenamente, sin ambages, la índole de nuestra edad oscura, sin traicionar ni edulcorar su saber empírico. Me refiero a Werner Sombart (1863-1941), de cuya muerte se han cumplido cincuenta años, densos de las instancias que el mismo W. Sombart previó, por su reclamo a la vida heroica. Pues con su método, Sombart traza también un giro desde la antigüedad al siglo XIX, y extrae sus conclusiones, orientadas a discriminar la índole de la centuria que habrá de completar el desglose y perención de una sociedad de valores heráclicos. No se ha equivocado ni en la mirada retrospectiva, ni en el hálito de ilustración premonitoria y analítica⁴. Transcribo un párrafo significativo:

“Yo entiendo como espíritu mercantil, aquella concepción del mundo que enfrenta la vida con la pregunta: ¿qué puedes tu darme? O sea, la que sólo considera la existencia de cada uno en la tierra, como una suma de negocios mercantiles, cuya ventaja le concierne, ya sea por el destino, el buen Dios, o por trato de sus semejantes. Esto es lo que importa, resumido en la sentencia: La mayor felicidad del mayor número. [...] Por el contrario, el ideal heroico plantea la vida como una tarea. Tenemos una tarea que cumplir, mien- tras dura nuestra vida, una tarea que se resuelve en múltiples actos cotidianos. Tarea es la vida, en tanto nos ha sido otorgada por un orden más alto. Las virtudes del Héroe son siempre positivas, son virtudes fe- cundas: sacrificio, fidelidad, disponibilidad, veneración, coraje, piedad, bondad. Lo mercantil se mueve por un interés; lo heroico por una idea. En el centro del mercator se yergue el reclamo; en el centro del héroe la entrega”⁵.

Werner Sombart y su noción histórica de la sociedad moderna, industrial, competitiva en el negocio, redescubrió por contraparte el perfil del héroe pindárico para comprender asimismo los conflictos y catástrofes de esa misma sociedad del *luxus*, la ganancia, la usura y el desprecio por la virtud ascética del silencioso trabajo cotidiano. No es precisamente un simbolista del mito griego a quien recurro, para recordarlo además en el cincuentenario de su muerte. En su física

⁴ Cf. Walter THOMS, *Warum Werner Sombart modernist ist*. En *Nation und Europa*, Heft 7/8, Juli-August, 1991, págs.. 63-66. Las curvas de la decadencia y de los conflictos, trazadas por W. S. resultan actualísimas.

⁵ *Wir leben eine Aufgabe zu erfüllen, in dem wir leben, eine Aufgabe, die sich in tausend Aufgaben des Tages auflöst*. En *Händler und Helden* (1915). Cf. el bello ensayo de Rudiger WECKHERLIN, *Werner Sombart zum Gedächtnis*, en *Nation und Europa*, Heft 5. Mai 1991, pág., 65-67. La reconsideración del pensamiento, muy elaborado, de W. S. es una tarea prioritaria de las nuevas generaciones europeas, después de las catástrofes provocadas por la Gorgona en más de medio siglo. ¿Y nuestra América por dónde hará su *iter* o elegirá su *via*? He aquí la alternativa de las nuevas generaciones románicas en la vasta dimensión de nuestro continente. El mito de Perseo reasume una vigencia inesperada de mi interpretación, por discutible que sea.

empirista de la sociedad, tal como se desenvuelve desde el siglo XIX al siglo XX, reacomoda las cargas del hegelianismo-marxismo y del evolucionismo *soi-disant chrétien*, para demostrar ya en la década de 1930 que el mundo, por falencia del héroe, se encamina a tensiones indescriptibles, que vemos hoy desarrollarse planetariamente.

El pensador humanista, sin embargo, no se deja abatir por el *infractus orbis* que dice Horacio, sino que levanta la cima del *noein*, en cuyo gesto es ya un héroe hyperbóreo. Así pues en mi meditación sobre la búsqueda de Perseo y la reasunción del Principio Hyperbóreo no distiendo una fantasmagoría ni configuro tampoco una utopía escapista. Ambas tesituras son posibles; y se han dado y se dan. Pero no es la mía. Lo subrayo para evitar malentendidos. La mía es el tercer *hodós*, el del hacer heráclico, que requeriría una elucidación congruente. Ella desborda empero el marco de esta breve ponencia acerca del mito griego, anterior a la culminación lyrica de la estirpe dórica.

6

Anulado el héroe hyperbóreo, como explican Hans Günther, Werner Sombart, Erwin Kohlbenhayer, Walter Otto, Paul Decharme, y tantos ingenios importantes; y desfondado el mártir de la philía agapística, nos queda el camino de los trabajos heráclicos. Ellos son para nuestra América —quiero decir América Románica— el principio de la reasunción de la comunidad agonística hyperbórea. Pero debemos preparar el fuego de la purificación regenerativa. Todo lo que demás es poder de la Medusa rediviva, que hará su obra funesta: petrificar y esterilizar.

Aparece el significado hodierno del viaje de Perseo, símbolo superior de la *eleuthería* humanística que procuro y proclamo. Pues la existencia espiritual nos fue dada para hacer más justos y limpios a los hombres; para exaltar la lumbre indeficiente en que compiten, según Píndaro, los hyperbóreos, coronados de laureles de oro. Pero también en la figura de Perseo se dimensiona la virtud del *logos* aletheico, o sea, que rescata, de una penumbra transida en el olvido y la ignorancia de la *arkhé*, la lumbre superior del sentido y la palabra. Si en Bellerophonte y la historia de su estirpe parece prefigurarse una ruta incompleta del *noein*, semejante a la de Jenófanes, por ejemplo, en Perseo en cambio esplende la vivencia operativa de la lumbre, que es vida y obra viviente.

Y Píndaro precisamente, que medita con tanta hondura según su *lyrica* de los Héroes, nos propone ya el abismo del Logos holístico como el entero cosmos de Hesíodo, y abre, en consecuencia, la disyuntiva posible de una *regeneratio* operativa, en el *hymnein* y en el *noein*. Es esto lo que proclamo para América, que sólo tiene dos caminos: o inclinarse al *mysterium iniquitatis* —como advierte tan nítidamente el espíritu insigne del gran novelista norteamericano Herman Melville (1819-1891); o reasumir y reincardinar el principio hyperbóreo, patente por Perseo, su “asombro” y su fúlgida espada de héroe fundante. Podemos decidir en esa disyunción dramática: o la historia se nos impondrá como a resto marginado; o la haremos, por el contrario, como estirpe de la luz y la justicia. He aquí lo que entiendo ser erección de un Centro Hyperbóreo, para forjar un destino de Héroes, que al comenzar en la virtud del *noein* absoluto progrese hacia el acto heráclico de la civilización justa.

CARLOS A. DISANDRO

Alta Gracia [Córdoba, Argentina],

12 de marzo de 1992, en la fiesta de San Gregorio Magno,
hijo del Espíritu hyperbóreo.